

DE BUENAS LETRAS

Veraneo

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Hay frases, bastantes, demasiadas, que el tiempo, la repetición y los errores de transmisión han ido desvirtuando, si es que su inicio fue acertado. Las alambica la historia, las distorsiona el pueblo, las repetimos como axiomas y, si nos paramos a pensar, es posible que opinemos, incluso, lo contrario. Es el caso de la manoseada afirmación «sobre gustos no hay nada escrito». La realidad es lo contrario porque, permanentemente, se leen las filias y fobias de cada aquel que coge la pluma con la intención de alabar algo –su gusto–, o denigrar lo contrario –su aversión–. Es tanto y tan patente, que rara vez encontramos libro o artículo que goce de una objetividad a prueba de análisis; y no parece mal, porque enjuiciar es definirse y, salvo que el relato sea aséptico, por tanto soso, el ingrediente que lo sazona, salvo excepciones, es la personal opinión.

Este prólogo puede que sea innecesario para afirmar que cada uno tiene sus gustos y

con frecuencia los expone, incluso los impone si encuentra la ocasión; pero ya que va por delante, lo dejaremos como disquisición. El tema, hoy, es el cotidiano análisis que se suscita a la hora de enjuiciar las vacaciones, días de asueto obligado que vienen en benefactora cadencia a permitir solaz esparcimiento, al menos de espíritu, desabrochando el corsé, distendiendo las neuronas, aflojando la tensión, haciendo compatible el estar con el ser y éste con el existir. Paradisiaco si se alcanza; si lo puede hacer, preciso, cada uno a su gusto.

Hace años, bastantes, presentes en el recuerdo aunque quizás ya muy lejanos, solíamos reunirnos un grupo de amigos en la trastienda de una taberna de la plaza de Cuchilleros, los sábados a la una de la tarde, con la buscada intención de tomar en compañía unos vasos de vino y comentar nuestras inquietudes, que no pasaban del enjuiciamiento de las exposiciones plásticas del momento, algún

artículo relevante de periódico y quizá el libro que alguien leyese en esos días. Los asistentes, los escultores López Azaústre, Castro Llamas, Miguel Moreno, los pintores López Vázquez y Cañas, el periodista Tito Ortiz, el estudioso González de la Oliva, el profesor Puche, el patriarcal Julio Belza, y un itinerante aparecer e irse de amigos y conocidos que recalaban de vez en cuando. He apuntado las profesiones para dejar constancia que por ellas mismas éramos especímenes poco representativos de los criterios generalizados.

Se suscitó, lo imponía el cambio de estación, el tema del lugar que elegir como idóneo para unos días de descanso. Se argumentó la playa como punto de encuentro, brisa marina, bellezas naturales sobre la arena, tonalidades de las aguas, paz o no, según la ubicación o el deseo, relajante plenitud. La sierra también tuvo su canto, cifrada en paz solemne, amplios horizontes, buena gastronomía, sosiego para la creación, lejos de noches calurosas, paseos reflexivos, obligado descanso. Aurelio López Azaústre, senequista en su perfil y serio en su dicción, preguntó: «¿Y el patio de una buena bodega, con el vino blanco frío, sobre un velador de mármol, en sillones de mimbre, los aquí presentes, y después cada unos a su casa, que es donde más a gusto se está?».

Muerto el toro de media lagartijera se acabó la corrida, saliendo la idea a hombros por la puerta del Príncipe ante la aquiescencia de los respetables, que se limitaron a levantar la copa, sin ni siquiera decir amén.